
La invención de la naturaleza

Hugo Diego Blanco

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades
Universidad Autónoma de Puebla

“C uando un viajero de los siglos XVI y XVII cruzaba los Alpes, jamás se le ocurría admirar el paisaje; hasta el año 1739, en que el poeta Thomas Gray, que visitaba la Grande Chartreuse, escribió en una carta: ‘No hay precipicio, ni torrente, ni risco, que no esté preñado de religión y poesía’”. Con esta imagen, el historiador de arte Kenneth Clark, interpreta la divinización de la naturaleza que han practicado pintores, filósofos y poetas desde el siglo XVIII. Esto no quiere decir que antes de esa época los artistas fueran ciegos, sino que la fuerza creadora provenía de otra fuente: la religión cristiana.

Santos, vírgenes, paraísos y purgatorios fueron sublimados, durante siglos, por pintores y poetas. Pero el racionalismo del siglo XVIII descubrió que la naturaleza también era sublime. La civilización creó un concepto poco natural de la naturaleza e inventó una nueva estética y una nueva devoción por los bosques, el mar y las montañas. “¡Oh monte temible y silencioso!”, escribe Coleridge.

En el siglo XIX el romanticismo alemán levantó perdurables altares a la naturaleza; sólo recordemos los paisajes abismales de Caspar David Friedrich y la poesía de Goethe. La racionalista divinización de la naturaleza presagió la vastedad de otro firmamento: el que contemplaron los viajeros y científicos que se propusieron la bíblica tarea de nombrar, clasificar y estudiar las plantas, las aves, los peces y todo ser vivo que se atravesara por su microscopio. En esta aventura de inventar los nombres y las cualidades de la naturaleza reconocemos en cualquier enciclopedia los inteligentes atrevimientos de Bougainville, Humboldt o Darwin. Pero existen otros menos conocidos que tienen únicamente el valor de ser un minucioso fragmento de una historia en la que ignoraban su participación. Ése es el caso del padre Jartroux, un misionero jesuita, que en el año de 1709 recorría China dando un paso pen-

sando en Dios y otro curioseando en los insólitos animales y plantas del Celeste Imperio. Jartroux pertenecía a la comisión imperial encargada de realizar el mapa más exacto de los dominios del Hijo del Cielo. De esa manera obtuvo todas las facilidades para llegar al norte de China, muy cerca de la frontera con el reino de Corea. En Pekín había conocido a mandarines y médicos que elogiaban con disciplina confuciana las virtudes de una planta llamada ginseng. En la biblioteca de la Ciudad Prohibida pudo consultar voluminosos tratados dedicados a las propiedades curativas de esa planta. Los libros y los mandarines coincidían al afirmar que el ginseng era un asombroso remedio en contra del abatimiento provocado por un esfuerzo excesivo, ya sea corporal o espiritual. Esto quería decir que lo mismo servía para que un jinete recobrara el brío perdido después de una batalla o para que un letrado prosiguiera la interpretación de alguno de los cuatro libros clásicos. Según los tratados que el padre Jartroux consultó, la planta también era útil en el tratamiento de las flemas, la debilidad de los pulmones y los dolores de costado. Un emperador que fue célebre por su propensión a los vómitos, promulgó diversas ordenanzas para proteger el cultivo y la recolección del ginseng después de experimentar en cuerpo propio sus beneficios. Con el título de “Siesta del ginseng” un poeta de la provincia del Xanshi fabricó un elogio que más bien parecía un catálogo médico:

No es una hechicería, pero fortifica el estómago.

Al príncipe heredero le abrió el apetito.

El demonio también se aprovechó del vigor de sus espíritus vitales.

A la concubina favorita de Shi Huang Ti le limpió la sangre.

A un discípulo de Chuang Tsu le quitó los vértigos que le provocaban las lecciones de su maestro.

Aunque no era precisamente la poesía lo que al padre Jartroux le interesaba, tradujo este elogio como una curiosidad médica que le hizo sospechar que los letrados chinos no iban a desperdiciar su tiempo escribiendo y pensando en una planta, si ésta no les rendía buenos frutos.

Con la clara convicción de que los farmacéuticos europeos sabrían aprovechar el análisis de la planta, Jartroux convenció a un arquero tártaro que hacía las veces de guía para que se internara en las montañas septentrionales y localizara algunos ejemplares de ginseng. Experto conocedor de la comarca, el joven arquero regresó más rápido que un gamo y le entregó al misionero una curiosa canasta de bambú. Con cierta ansiedad, poco habitual en la conducta del jesuita, el religioso francés abrió la canastilla y observó cuatro tubérculos que a simple vista no resultaban sorprendentes. Aun así, decidió esa misma tarde retirarse a su pabellón de campaña para observar su pequeño triunfo. Puso una de las raíces sobre un pañuelo de seda azul y la contempló como una vieja tejedora observa su hilandería.

El padre Jartroux era un experto teólogo, un jinete de primera, un gran curioso, además de excelente dibujante. Los salmos y el Nuevo Testamento podían descansar esa tarde pero no su habilidad para el dibujo, así es que dispuso cerca de sí un pincel, la piedra y la tinta y un cenizo trozo de papel coreano. Lo que Jartroux dibujó aquella tarde fue la primera imagen que se conoció en Europa del ginseng. Disfrazada de carta, aquella hoja de papel de arroz viajó por toda China para después ir a parar a Manila y de ahí a la Nueva España. Siguiendo la ruta de Acapulco a Veracruz, pasó por La Habana para más tarde navegar al viejo continente y ser admirada por un pequeño grupo de farmaceutas y dibujantes parisinos.

Algún parecido tiene el grabado que dibujó Johann Wolfgang Goethe, titulado *El desarrollo evolutivo de las plantas*, con la raíz que delineó el padre jesuita Jartroux. Entre uno y otro existe casi un siglo de distancia pero lo que permanece es el aliento de encontrar en las flores, en los tallos, en las raíces, el otro nombre de un jardín íntimo que crece al lado de nuestra conciencia.

